

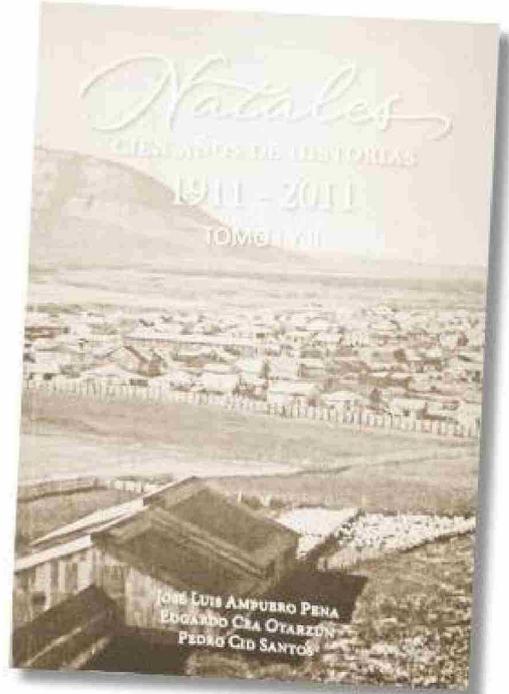
Reedición de la obra "Natales cien años de historias 1911-2011" de los profesores José Luis Ampuero, Edgardo Cea y Pedro Cid



Por
Victor Hernández
 Sociedad de
 Escritores
 de Magallanes



Galpón de la estancia de Puerto Consuelo. Fotografía de 1894. Tomada del libro "El capitán Eberhard pionero de la Patagonia", de Karin Eberhard-Martiny.



Portada de la reedición de la obra "Natales cien años de historias 1911-2011", de José Luis Ampuero Pena, Edgardo Cea Oyarzún y Pedro Cid Santos.

El pasado viernes 23 de mayo en dependencias del Centro de Educación Integral de Adultos de Puerto Natales, (Cea) en el marco de las actividades desplegadas por el aniversario 114 de Puerto Natales, tuvimos el honor de presentar la reimpression de este trabajo realizado por tres reconocidos educadores de la provincia de Ultima Esperanza, José Luis Ampuero Pena, Edgardo Cea Oyarzún y Pedro Cid Santos.

Recordamos que la edición original de esta obra se efectuó en mayo de 2011, cuando la ciudad de Puerto Natales se aprestaba a festejar sus primeros cien años de vida. En primera instancia, se trataba de una investigación en dos tomos, que en conjunto sumaban 574 páginas, financiada con el aporte del fondo de provisión cultural 2% del Fondo Nacional de Desarrollo Regional (FNDR) del gobierno de Magallanes y Antártica Chilena. En cambio, la reedición que vamos a reseñar, se debió a la iniciativa y al aporte de un conocido empresario del rubro librero de Punta Arenas, la cual, reúne en un solo volumen de 580 páginas, el material corregido y aumentado de la obra inicial, escrito como dijimos al principio, por los profesores Ampuero, Cea y Cid.

Muchas cosas han ocurrido en la provincia de Ultima Esperanza en estos últimos catorce años. Para empezar, Edgardo Cea y Pedro Cid debieron lamentar el año pasado, el inesperado fallecimiento de José Luis Ampuero, quien fue en primera instancia, el principal propulsor de esta investigación histórica. Por eso, en gran medida, la reedición de este trabajo fue dedicado a su memoria.

Por otra parte, cuando a fines de 2008 los docentes emprendieron la revisión de documentos, libros, diarios y testimonios de antiguos vecinos para comenzar a redactar las páginas de este trabajo, recién estaban despuntando los sitios de internet que hoy contienen millones de datos y que se multiplican en los distintos dispositivos electrónicos que hoy circundan nuestra cotidianeidad. La proliferación

de medios de información y redes sociales que nos permiten acceder libre e instantáneamente con diversas aplicaciones y plataformas digitales, a distintos centros de documentación, archivos, bibliotecas y museos de todo el mundo, eran para 2008, aún una sana utopía.

Del mismo modo, Puerto Natales todavía mantenía en muchos aspectos su identidad de pueblo obrero, lo que se notaba sobre todo, en la modesta construcción de sus viviendas y en las estrechas calles ubicadas en poblaciones apartadas del casco histórico del centro de la ciudad. La actividad turística, con su incesante movimiento y flujo de gente que llega principalmente, en las estaciones de primavera y verano para visitar las Torres del Paine o incluso, la Cueva del Milodón, estaba recién dando sus primeros pasos. En ese momento, muy pocas personas podían imaginar, que más de tres lustros después, Puerto Natales se convertiría en la capital del turismo regional, con abundante oferta de hoteles, hostales, pubs, restaurantes y modernas obras de infraestructura que le permiten, avizorar, a mediano plazo, un promisorio futuro de realizaciones.

En lo esencial, esta reimpression de la obra de Ampuero, Cea y Cid comprende en un solo volumen, los dos tomos anteriores divididos en partes o capítulos. La obra se inicia con el saludo protocolar de Fernando Paredes Mansilla, quien fuera el alcalde de Puerto Natales cuando se editó el texto original; a ello se agrega el prólogo del escritor, cineasta y pintor natalino radicado en Estados Unidos, Alejandro Ferrer Fernández.

El tomo primero, incluye los apartados, "El primitivo paisaje

de Ultima Esperanza y sus primeros habitantes"; "Organizaciones de orden y seguridad: la presencia del Estado en el territorio" y "Manifestaciones comunitarias". El tomo segundo comprende, los acápites, "Economía, educación y servicios", "Vida espiritual", "Gobierno y administración: autoridades territoriales", y "Hechos con historia".

Al revisar el conjunto de la obra, queda la sensación de que hay una prehistoria poco conocida de Puerto Natales y de la zona de Ultima Esperanza que los autores se esfuerzan en destacar; un segundo punto a considerar y que es por cierto, uno de los puntos altos de la obra, es el periodo que identifica las luchas obreras y el accionar del Sindicato de Campo, Frigoríficos y Oficios Varios de Puerto Natales, organismo que siempre actuó libremente, con su impronta anarcosindicalista, al margen de la legalidad. A diferencia de otros estudios que refuerzan de manera excesiva y a veces, con evidente sesgo ideológico el protagonismo del sindicato, en el libro de Ampuero, Cea y Cid, el accionar del conglomerado se circunscribe a un contexto histórico y social, inmerso entre diversas instituciones políticas, organizaciones sociales, comités comunitarios, clubes deportivos y sociedades culturales, que conformaron el quehacer de Puerto Natales.

Otro de los tópicos sobresalientes del libro guarda relación con la detallada descripción que hacen los autores de la antigua vida bohemia de la ciudad como asimismo, de los llamados precursores del turismo de Ultima Esperanza. En este sentido, queda de manifiesto que hacía mucho tiempo, que empresarios y

emprendedores natalinos como Juan Alvarez Ruiz, Manuel Suárez Arce, Constantino Kochifas Cárcamo por citar algunos nombres, intentaron demostrar, que las bellezas naturales de aquella provincia contenían un gran potencial económico.

Las primeras fundaciones

Si bien, el 31 de mayo de 1911 el Presidente de la República, Ramón Barros Luco promulgaba el decreto supremo N° 832 que fundaba la población de Puerto Natales y aprobaba, al mismo tiempo, el plano confeccionado por la oficina de mensura de tierras que reservaba para usos públicos, las manzanas N° 2 y 3 y el sitio N° 1 de la manzana N° 8, lo cierto es que en la prehistoria de Ultima Esperanza habían varios episodios previos marcados por problemas de límites con la República Argentina, agudizados luego del tratado del 23 de julio de 1881, un acuerdo que en lo medular, estableció que los inmensos territorios de la Patagonia oriental quedaban en manos trasandinas y el estrecho de Magallanes bajo jurisdicción chilena.

Ampuero, Cea y Cid citan la influencia ejercida por el navegante y explorador español Juan Ladrillero, que legó toda

una primera cartografía de la provincia de Ultima Esperanza en 1558, con la descripción de su entorno natural y la variedad de su fauna, destacando la abundancia de venados o huemules; las tierras, que consideró óptimas para producir las, la belleza del paisaje y las singulares características de los habitantes que la ocupaban, la mayoría miembros de las etnias Kawésqar y Aonikenk. Además, en abril de 1830 se efectuaron los trabajos de exploración de dos oficiales de la marina británica, pertenecientes a la expedición del capitán Robert Fitz Roy, el teniente William Skyring y el piloto James Kirke, quienes, recorrieron la zona en la goleta Adelaide, dejando un valioso registro cartográfico, geográfico y paisajístico, que se conserva en la designación de numerosos topónimos, como angostura Kirke, llanuras de Diana, o bahía Desengaño, entre otras.

Después de que el gobernador Oscar Viel inaugurara en 1868 la ley de Puerto Libre con la traída a Magallanes de numerosas familias provenientes de Valparaíso y de Chiloé, surgió un tipo de personaje que adquirió fama propia en la zona de Ultima Esperanza: los llamados baqueanos, hombres solitarios que vivieron hasta



Vista de la calle Arturo Prat en pleno centro de Puerto Natales, donde se pueden observar varias construcciones centenarias abandonadas que fueron reconocidos burdeles y cabarets.



Otra imagen que muestra el estado actual de abandono de antiguas casas de tolerancia o prostíbulos que existieron en Puerto Natales.

el final de sus días en la Patagonia, explorando zonas interiores y montañosas, expertos cazadores de caballos salvajes, baguales y fiandúes, zorros y guanacos, que acompañaron las expediciones exploratorias de militares y de marinos chilenos y argentinos, en momentos en que los gobiernos de ambos países intentaban esclarecer con fundamentos científicos e históricos, sus respectivos derechos jurisdiccionales en esos lugares.

Los nombres de Santiago Zamora, Avelino Arias, Agustín Urbina y Francisco Jara, entre otros, a menudo aparecen mencionados en bitácoras y libros de viajes. El primero de los nombrados -junto con Jara y Urbina- colaboró como guía principal en las expediciones del teniente de la Armada Nacional, Juan Tomás Rogers, efectuadas entre 1877-1879 llamadas también, de los "marinos a caballo" y del oficial naval argentino Agustín del Castillo en 1887. Asimismo, Avelino Arias fue guía de George Musters, un capitán de la marina británica, quien en 1869 recorrió la Patagonia desde Punta Arenas hasta el río Negro y de la escritora Florence Dixie, la que junto a su esposo, atravesaron en 1879 los sectores interiores de Última Esperanza, cuyas impresiones fueron descritas en su libro "A través de la Patagonia". Con respecto al baqueano Arias aseveró: "La piel de su rostro había adquirido la consistencia de un pergamino debido a la prolongada exposición al viento y al mal tiempo, era una masa de arrugas y muy quemado por el sol, mientras la expresión astuta y vigilante de sus brillantes ojos agregada a su apariencia salvaje y su índole mefistofélica, le hicieron ganarse el sobrenombre de el agente del diablo para la

Patagonia". Existieron también, algunos celebrados baqueanos extranjeros que dejaron huella en Última Esperanza como el inglés William Greenwood y el francés François Poivre, aventureros, expertos exploradores y cazadores, que solían comercializar sus especies en Punta Arenas y hacer trueques de sus productos con los aonikenk.

Las sucesivas expediciones argentinas motivaron al gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda a enviar en 1889 al capitán de fragata de la Armada Nacional, Ramón Serrano Montaner, para explorar el área marítima e interior del territorio, demostrando que la cuenca hidrográfica de Última Esperanza, con el extenso río que hoy lleva su nombre y en el cual desembocan las aguas del lago Toro y otros cursos fluviales andinos inmediatos al océano Pacífico, es independiente de la cuenca ubicada en lago Argentino-Santa Cruz.

Los resultados de la investigación de Serrano Montaner fueron interpretados por Daniel Briceño, gobernador del territorio de Magallanes, como una posibilidad de que el Estado chileno afanzara soberanía en esos parajes. De esta manera, en junio de 1892 Briceño apoyó el proyecto de asentamiento del colono alemán Hermann Eberhard (1852-1908) y de un pequeño grupo de aventureros, los que deseaban iniciar el negocio de la ganadería, lo que se concretó en octubre de 1893, cuando el ahora gobernador Manuel Señoret entregó a Eberhard la concesión respectiva, que permitió al ciudadano alemán fundar la estancia ganadera de Puerto Con-suelo, la primera de su tipo en Última Esperanza.

En los instantes en que se agu-

dizaba la crisis diplomática con Argentina por la cuestión de límites, mientras ambas naciones esperaban el fallo arbitral de Gran Bretaña, el cual se conoció sólo el 20 de diciembre de 1902, el Presidente Federico Errázuriz Echaurren dispuso la fundación del poblado de Puerto Prat, el 19 de diciembre de 1899, en un acto presidido por el perito de límites con el país trasandino, general Aristides Martínez.

Se considera a Puerto Prat como el primer intento de establecer una población permanente en Última Esperanza, antecedente directo de la fundación posterior de Puerto Natales. Sin embargo, la falta de un río que abasteciera de agua al lugar y de leña suficiente, hizo que fracasara el proyecto de levantar una ciudad en sus alrededores.

Vida y manifestaciones comunitarias

Uno de los aspectos que llama la atención del libro, es la detallada descripción que hacen Ampuero, Cea y Cid de la vida nocturna de Puerto Natales.

Lejos de buscar justificaciones para explicar el alto índice de bares, cantinas y prostíbulos que acompañaron la vida de los habitantes de Puerto Natales casi desde su fundación, los autores se esmeran en recrearnos, en vez de hablar de aquello como un flagelo o un mal de la sociedad, a los seres humanos que habitaban en los denominados "Barrios Rojos".

Ya el 28 de abril de 1916 el diario El Comercio de Punta Arenas publicaba un comentario del periodista Manuel Zorrilla quien mostraba su preocupación, porque a metros del Juzgado de Policía Local, en pleno centro de Natales, el subdelegado del pueblo había entregado permiso a un residente uruguayo para abrir

una casa de tolerancia.

Con el correr de los años, se estableció un "Barrio Rojo" tradicional entre calles Prat y O'Higgins, siempre en el centro de la ciudad con burdeles atendidos por sus propias dueñas, los que contaban con músicos y orquesta para amenizar la noche. Famosos fueron, el Moulin Rouge propiedad de Rosalía Melo Robles, que organizaba con motivo de su cumpleaños, en su domicilio particular de calle Bulnes, elegantes fiestas a las que acudían sus mejores clientes.

El Moulin Rouge tenía un amplio salón de baile, con piezas-dormitorios, donde vivían más de veinte asiladas. De cierta época, se recuerda a la Polaca, cincuentona, alta y maciza, que atendía con su mascota, un perro llamado "Catute"; también, a Olga Pereira Rojas y a las hermanas Pincheira. En su salón actuó el trío Armonía, compuesto por Carlos Rodríguez y los hermanos Alarcón Opitz; el pianista Sabino Santana, el baterista Manuel Reyes y el cantante Pedro Perovic.

Otro cabaret de renombre fue el Victoria, llamado después Shanghai, regentado por Carmela Bhüler, que contaba con una orquesta de músicos permanentes, conformada por Melitón Ojeda, Alberto Quiñán, Francisco Mieres y Luis Espinoza, los que cada noche interpretaban alegres melodías. A Bhüler le sucedió como regenta del Shanghai, Candelaria Catrío, una antigua asilada del Moulin Rouge, quien antes, había instalado una casa de cena llamada Miramar y después, abrió su propio negocio nocturno al que llamó Viña del Mar, caracterizado por una orquesta estable de músicos, entre los que se contaban a los

hermanos Palma, el violinista Jorge Matulich, el instrumentalista Luis Espinoza y el cantante Máximo Pinto.

Otro cabaret emblemático fue el Royal, propiedad de Sara Escobar, que disponía de más de veinte piezas donde vivían las asiladas. Había un grupo permanente de músicos, Mario Hinojosa en el piano, Leónidas Soto en el acordeón y la guitarra; los hermanos Ojeda Moya, bateristas; y la orquesta Choler. En la década del 60, se inauguraron los cabarets Rancho Grande y Noa Noa, propiedades de Ruth Romero González.

A medida que fueron surgiendo nuevas edificaciones en el centro de Natales, como el Hospital Augusto Essmann y el Colegio María Mazzarello, los antiguos cabarets de Prat y O'Higgins se trasladaron a otros puntos de la ciudad. Así nació el "Barrio Rojo" de calle Balmaceda, adonde fueron a parar el Viña del Mar y el Royal, a los que se sumaron, el Magaly, la whiskería Fiebre, El Arriero, el cabaret Minotauro, el Cleopatra y el Dragón Rojo. Otros espacios aparecidos en la década del 80 fueron, el Tópsit, el Embassy, el Ruca Malén, El Padrino, la boîte Safari, el Maqueba, Africa 2000, el Mocambo, llamado después Night Club Flamenco.

Parte de la identidad natalina fueron algunos bares atendidos por sus dueños, que en la mayoría de los casos ofrecían comida, alojamiento y, a veces disponían de garzones que compartían sus dormitorios con los parroquianos. Célebres fueron, el Buenos Muchachos, el bar La Vinca, regentado por Vicenta Ytronic de Leal y el Monte Carlo atendido por su dueño Antonio Garay Miranda, el popular "Manos Limpias".